

MARIA, LA IGLESIA Y LA SOCIEDAD DE MARÍA

Cuando el P. Colin piensa en María, tiende a verla en relación con la Iglesia, y normalmente como apoyo de la misma en sus primeros días y la final de los tiempos. En este momento quiero reflexionar con ustedes sobre cuatro ideas referentes a María y la Iglesia, ideas que son habituales en la Sociedad de María y en algunos otros lugares:

Visión mariana de la Iglesia

María, modelo de la Iglesia

Iglesia mariana

Reiniciar una nueva Iglesia.

De estas cuatro, sólo la última es realmente coliniana. A veces los maristas ponen juntas más de una al mismo tiempo, por ejemplo para decir que nuestra misión es “formar una iglesia mariana”. Probablemente necesitamos considerar cada una por separado. Quiero volver a considerar lo que significa ser Sociedad de María.

1. Una visión mariana de la Iglesia

La manera como entendía el P. Colin la Iglesia, en la que la presencia y la acción de María son decisivas, ha sido calificada por Jean Coste como “*visión mariana de la Iglesia*”. Ese fue, de hecho, el título de la conferencia que dio en Roma en 1984, publicada posteriormente en el volumen 8 de la colección *Maristica*. Esa expresión, acuñada por Coste, fue recogida en nuestras Constituciones (nº 92) en un párrafo del Capítulo General de 1985: “*Los maristas están llamados, por encima de todo, a hacer suya una visión mariana de la Iglesia.*” Y continúa: “*Para lograrlo, nada será más eficaz que revivir la experiencia fundacional de la Sociedad*”, a saber, los momentos de Fourvière, Cerdon y las misiones del Bugey.

En su conferencia, en la que –por decirlo de algún modo– presenta las premisas de la última fase de su trabajo sobre los orígenes de la Sociedad de María, el P. Coste sobrevuela por encima de la historia de los orígenes ante un público que no sabía nada de Colin, de Courveille y de sus compañeros. Resulta interesante ver cuál es lo que el P. Coste considera más importante mencionar. En el rápido vuelo sobre los orígenes no habla ni de Fourvière ni de las misiones del Bugey, y a los años de Cerdon les dedica solamente unas breves frases. En cambio se extiende cuando comienza a hablar de Juan Claudio Courveille y del mensaje recibido de la Virgen María en la catedral del Puy y que transmitió a sus compañeros del seminario mayor de Lyon. Entra en más detalles en la segunda parte de la conferencia, donde expone las ideas utópicas y escatológicas sobre el rol de María en la Iglesia naciente y al final de los tiempos. Coste habla también en esa parte de los tres **NO** del P. Colin, inspirado en la imagen de María en la Iglesia naciente, opuestos a las tres formas de poder que constituyen la tentación personal del apóstol: el dinero, la responsabilidad de decisión y el prestigio personal. “En esas tres área –escribe el P. Coste– lo que el P. Colín veía como antídoto contra el

mal, la corrupción de corazón del apóstol por la avaricia, el autoritarismo y la vanagloria, era la figura de María en la Iglesia naciente, de la que era ejemplo y apoyo”.

En la tercera y última parte de la conferencia, Coste quiere “evocar brevemente los principales elementos de esa visión coliniana, es decir, su visión mariana de la Iglesia. La resume en tres puntos. El primero desarrolla el carácter netamente escatológico de esta visión que une íntimamente a María y la Iglesia: “María ha sido el apoyo de la Iglesia naciente, y lo será también al final”. Ésa era la frase que el Fundador repetía con frecuencia a sus hijos, aplicándola evidentemente al rol que debía desempeñar su congregación” (p. 185) Y concluye: “A través de esa convicción de su Fundador, la Sociedad de María se sitúa, pues, indudablemente entre las fundaciones religiosas de orientación escatológica, bastante numerosas desde la edad media en adelante, que han dado lo mejor de sí mismas a través de la proyección utópica de los valores que llevaban a la época del final de los tiempos” (p. 189, donde remite al sociólogo Jean Séguy)

Su segundo punto sigue así: “Sin embargo, y este punto es crucial, dentro de esa proyección escatológica María ocupa un puesto que antes correspondía al Espíritu Santo”. Según la corriente principal de una tradición que nace en Joaquín de Fiore, en el siglo doce, la edad del Padre fue seguida por la del Hijo, que a su vez cedió el paso a la edad del Espíritu Santo. Ese esquema de las tres edades se fue repitiendo constantemente después, aunque con ciertas variaciones. Se encuentra, por ejemplo, en San Luis María Grignon de Monfort, que también habla de la edad del Espíritu Santo mezclada con el rol de María en los últimos tiempos. En cambio Colin, en claro contraste, “nunca habla de las tres edades. Al Espíritu Santo no se le atribuye ningún rol al final de los tiempos: la proyección escatológica es toda ella de María. El P. Coste comenta: “Una evolución de ese orden es ciertamente significativa. Sus modalidades y su significación están aún por estudiar” (y, *que yo sepa, veintitantos años más tarde están aún igual*).

En el último punto sobre la visión mariana de la Iglesia del P. Colin, Jean Coste subraya que “la nota dominante de esa escatología mariana es menos apocalíptica que pastoral” (p. 191). Y explica: “[según el pensamiento de su Fundador] los maristas deben ser los ‘instrumentos de la misericordia divina para con los pecadores’. Su tarea consistirá en ganarlos, cueste lo que cueste, desapareciendo lo más posible ellos mismos para eliminar los obstáculos a la acción de Dios. El leitmotiv “desconocidos y ocultos en el mundo” se convierte en práctica pastoral e inspira una revisión radical de las actitudes en el púlpito, en la clase, en el confesionario, preparando un nuevo tipo de testimonio de Iglesia que exprese ese enfoque mariano” (p. 193). Para terminar este resumen de la conferencia del P. Coste –conferencia que merece ser guardada en la memoria colectiva de la Sociedad– no puedo resistirme a citar su preciosa conclusión:

“Es ese cambio de actitud, el paso de la posición de fuerza de quien ostenta la verdad a la pequeñez desnuda de quien sabe que debe desaparecer para dejar que Dios actúe, lo que mejor expresa la presencia de María en la visión que tiene Colin de la Iglesia y su misión”

“Gracias a ella, algo se mueve en el corazón del apóstol, y se esboza una cierta imagen de la Iglesia que anuncia la de los últimos días. Si, en cierto modo es la Iglesia que comienza de nuevo, esa Iglesia que, después de su nacimiento en Pentecostés y merced a la solidez de sus estructuras, está menos preocupada de durar constantemente que de recomenzar humildemente cada mañana, en torno a la cena del Señor, con Pedro y los apóstoles, esperando la llegada del Espíritu, perseverando en la oración con María, la madre de Jesús, y con sus hermanos” (pp. 195-197)

2. María, modelo de la Iglesia

En el número 10 de las Constituciones leemos:

“... Al perseguir estos fines [*de la Sociedad*] según el espíritu de María, están contribuyendo a renovar la Iglesia a su imagen, una Iglesia servidora y peregrina”

Tenemos que decir algunas cosas sobre este texto, que fue insertado en las Constituciones en el Capítulo General de 1985 con la idea de incorporar algunos elementos de la legislación capitular de los años setenta. La fuente de la que emanan es el n° 128 de la declaración *Maristas y mundo de hoy* de los Decreta Capitularia de 1969-70. El número anterior de los Decreta Capitularia remitía a la Constitución *Lumen Gentium* del Vaticano II (nn. 63 y 65), donde el Concilio hace suya una tradición que remonta por lo menos a San Ambrosio y que habla de María como tipo y modelo de la Iglesia, y de la Iglesia cada vez más semejante a su modelo. Tras lo cual, el Capítulo General continúa:

“Cuando intentamos traducir en hechos esta intuición conciliar, nos damos cuenta de que nuestra tradición nos ha hecho experimentar ya, a un nivel modesto pero real, las orientaciones por las cuales la Iglesia trata de acercarse a su Tipo marial: una Iglesia en busca de los intereses de Jesús, sin afán de dominio, humilde sirvienta, discreta y pobre, que desea renunciar a cualquier situación de privilegio con tal de que Cristo sea anunciado. Esas son también las características que han quedado impresas en nuestra Sociedad por la palabra de nuestro Fundador y por el ejemplo de sus discípulos. Le cabe, por tanto, una responsabilidad mayor de permanecer hoy fiel a su misión primitiva”

El precioso texto *Ser marista* del Capítulo de 1977 recoge el contenido de ese párrafo en un resumen que dice así: *“Nuestras comunidades dan testimonio de una Iglesia que quiere encarnar este modelo mariano, una Iglesia siempre en busca de Jesucristo, que desea ser, no señora sino servidora, huyendo de toda posición de privilegio para que Él sea anunciado”* (n° 15)

Prestemos atención de nuevo al n° 10 de las Constituciones actuales: *“Al perseguir esos fines según el espíritu de María, están contribuyendo a renovar la Iglesia a su imagen, una Iglesia servidora y peregrina”*.

Nótese que la fórmula “renovar la Iglesia a imagen de María” se aleja más del vocabulario de *Lumen Gentium* que los textos capitulares de los años 70. Es posible que los redactores de las Constituciones se dieran cuenta de que el P. Colin no habló jamás de María como modelo, tipo o imagen de la Iglesia, aunque sean expresiones tradicionales e incluso patrísticas. Colin habla de María como modelo del marista y de la Sociedad que lleva su nombre, pero no de María como modelo de la Iglesia. El P. Jan Hulshof trató más de cerca este tema en una conferencia dada en el tercer Coloquio Internacional sobre Historia y Espiritualidad Marista (*Mary Model of the Church. A Marian and Ecclesial Spirituality*, FN 3-4 (1996) pp. 586-602 y 589f y 591f). El último texto, dentro de su concisión, refuerza más que los anteriores la idea de que María es el modelo de “una Iglesia sirvienta y peregrina”.

Una observación más. Mientras la idea de “Iglesia sirvienta” se encuentra en los DC de 1969-70 y en *Ser marista* de 1977, la de “Iglesia peregrina” es nueva. Los textos más antiguos habían hablado de “una Iglesia siempre en busca de Jesucristo”, pero no es realmente lo mismo que “una Iglesia peregrina”.

En realidad, ninguna de las dos expresiones es coliniana. Pero sí que remiten a dos nociones muy importantes del Vaticano II y del período post-conciliar. Corresponden a dos tipos de eclesiología, o mejor dicho, a “dos modelos de Iglesia”, por citar el título del famoso libro de “Avery Dulles, jesuita y posteriormente cardenal. Como ustedes saben, el modelo dominante en el Concilio fue el de “Pueblo de Dios” o

“Pueblo de Dios en marcha”. Unos cuarenta años después del Concilio, un importante trabajo de investigación en Escritura Sagrada, Patrística y Liturgia ha dado a la Iglesia un sentido renovado de la Historia de la Salvación, del plan de Dios revelado a través de la historia, de salvar a la humanidad mediante un pueblo elegido. El pueblo elegido es guiado por el Espíritu Santo, pero también él está en marcha, en peregrinación, como el resto de la humanidad. En el Antiguo Testamento, el tipo de ese pueblo es el pueblo del Éxodo, modelo que se sitúa, evidentemente, en el lado opuesto a cuanto hable de instalación o de triunfo. Para el Cardenal Suenens, una de las figuras más relevantes del Concilio, adoptar un modelo así acarrea una especie de “revolución espiritual”, sobretudo para personas formadas en una eclesiología más estática y jerárquica. No parece que “el pueblo de Dios en marcha” tenga un puesto de preferencia en los documentos del magisterio después del Vaticano II.

El otro modelo –el de la “Iglesia sirvienta”– se vio favorecido por la Constitución pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia y el mundo moderno, y desde entonces ha sido adoptado y desarrollado por el magisterio en su doctrina social. Según ese modelo, se ve a la Iglesia como llamada a continuar la misión de servicio para la que había venido Jesús al mundo. Esta manera de ver la Iglesia no fue inventada por el Concilio; podemos hablar de Teilhard de Chardin y de Dietrich Bonhoeffer, cuyos escritos tuvieron una gran influencia en los años 60, particularmente Bonhoeffer, que presenta a Jesús como “el hombre para todos”, y que aboga por una Iglesia servidora que comparta los destinos de los hombres, que no busque dominar sino que acepte ayudar y servir siguiendo el ejemplo de Jesús. Ese es el tono del texto capitular de 1969-70, que desea una Iglesia “*sin afán de dominio, humilde sirvienta, discreta y pobre, que desea renunciar a cualquier situación de privilegio con tal de que Cristo sea anunciado*”.

Ese modelo propone una actitud de parte de la Iglesia más bien nuevo en aquel momento: escuchar al mundo y aprender de él, leer ‘los signos de los tiempos’ y discernir la acción del Espíritu. La labor de la Iglesia era, pues, asociarse a todos los movimientos y personas de buena voluntad que trabajan por la paz, la liberación, la justicia, el desarrollo y la reconciliación.

No hay dificultad alguna en querer renovar la Iglesia según los modelos de “sirvienta y peregrina”. Si bien es cierto que el P. Colin jamás usó esas expresiones exactas, no tendrán que ir ustedes muy lejos para encontrar puntos de contacto con su pensamiento, especialmente en el *ignoti et occulti*. Mucho más difícil sería fijar con exactitud cómo podría “una Iglesia sirvienta y peregrina” “renovarse a imagen de María” o “aproximarse más a la imagen perfecta de María” como dicen nuestros textos maristas. El texto de Lucas 1,38 está ahí, con María declarándose “la sierva o la criada, ¡pero del Señor!” Por otra parte, es Jesús quien dice de sí mismo: “El Hijo del hombre no ha venido para ser servido sino para servir” (Mateo 20,38) y “el Hijo de hombre no tiene donde reclinar la cabeza” (Mateo 8, 20). En realidad, él es el verdadero modelo de una Iglesia servidora y peregrina. ¡Seguramente no seremos menos maristas remitiéndonos de vez en cuando a Jesús!

Me gustaría acabar esta parte de mi charla citando dos textos del P. Colin que hablan, si no de María modelo de la Iglesia al menos de María modelo de la Sociedad de María en las actitudes relacionadas con el mundo en que vivimos.

El primero, del año 1844, se halla en **HF 85,1-2**: “... *Alguien dijo: ¡Ah! Los Padres Maristas... pues no hay necesidad de preguntar cuál es su espíritu; su nombre lo indica suficientemente si es que saben comprenderlo como es debido*”.

“*En efecto, señores, la Virgen Santísima (y es la Iglesia la que lo dice) es el canal de todas las gracias, la reina de los apóstoles... ¿cuántos bienes no habrá producido en las almas? Y sin embargo vivía en este mundo oculta y como ignorada*”.

Dos años más tarde, en 1846, se expresaba en términos más concretos aún.

HF 120,2: “*Señores, hagámonos pequeños; sí, pequeños, Nolite altun sapere. La Virgen Santísima se hizo muy pequeña, aunque en realidad fuera la Reina de los cielos y la primera de todas las criaturas. Ella es nuestro modelo. Hagamos en abundancia el bien, pero tal y como Ella lo hizo, tamquam ignoti et occulti*”

Aunque Colin no esté pensando en María precisamente como modelo de la Iglesia, Ella es un modelo – incluso el modelo – para los cristianos y para los maristas. María se ofrece como modelo de un estilo de comportamiento que no rehúsa el compromiso en la acción, incluso a gran escala, pero que – empleando una vez más la excelente fórmula del Capítulo de 1969-70 – es “discreta y pobre, que desea renunciar a cualquier situación de privilegio con tal de que Cristo sea anunciado”. Una vez que hayamos renunciado con María al poder personal, sabremos ponernos junto a los sin-poder, y por fin sabremos hablar con la autoridad del evangelio.

3. Una Iglesia mariana

La expresión “iglesia mariana” no es ni coliniana ni conciliar. Parece una expresión de nuevo cuño, divulgada y quizás también inventada por Urs von Balhtasar. En unos pocos años, de los últimos transcurridos, su uso se ha hecho muy popular entre los maristas. Ocasionalmente se utiliza para contrastarla con “la iglesia petrina”, representativa de la autoridad y la institución, una iglesia masculina –si prefieren decirlo así– frente a la que podemos preferir una iglesia más femenina, más flexible, más maternal. Podría ser bueno que volviéramos a leer esa expresión en el contexto de von Balhtasar para ver, por lo menos, cómo la utiliza y qué quiere decir con ella.

Aún cuando la expresión “iglesia mariana” no aparezca en las Constituciones, suponemos que la expresión no era aún corriente a mediados de los años 80: nuestro punto de partida nace en el n° 117 de las Constituciones de 1987, que recoge con algunas modificaciones el n° 80 de la legislación provisional de 1977:

“La Sociedad, igual que la Iglesia, encuentra su modelo en María, la mujer de fe. Su espiritualidad... intenta hacer suya la experiencia cristiana vivida por María”.

Podemos preguntarnos, ¿y cómo podremos hacer nuestra la experiencia cristiana de María? ¿No fue una experiencia única y personal de ella? No sé qué es lo que tenían en mente los legisladores de 1977 y 1985 al componer esos textos. Sin embargo, al tratar de encontrar una respuesta sólo encuentro a Urs von Balthasar. No me imagino que los autores de esos textos pensarán en enviarnos a von Balthasar para que los interpretáramos. No obstante, es Balthasar quien habla de “*la experiencia de Cristo que tuvo María*” y de cómo podemos participar de ella. Y precisamente en ese contexto general habla también de “la dimensión mariana del perfil de la Iglesia” y de una “Iglesia mariana”. Por eso tenemos sumo interés en seguir esta pauta.

Balthasar escribe sobre “la experiencia mariana” en el volumen primero de su libro *Herrlichkeit*, publicado en 1962; la traducción inglesa de la segunda edición de 1967 apareció en 1982 con el título *The Glory of the Lord*; el pasaje en cuestión se halla en las pp. 350-365. Habla allí de las “experiencias arquetipo” que algunos miembros de la Iglesia habían depositado en el texto de la Comunión de los Santos para hacer uso de ellas. Cada una de esas experiencias-arquetipo sería una manera privilegiada de participar en la experiencia de Dios que tiene Cristo. Y entonces Balthasar se hace la misma pregunta que nos hacemos nosotros: ¿cómo pueden compartir esa experiencia otros miembros de la Iglesia?

Balthasar distingue cuatro maneras de que el cristiano pueda contactar con Cristo y con su experiencia de Dios. La primera es la experiencia visual de los Doce, su

experiencia de Jesús vivo, muerto y resucitado, experiencia que es expresada en la tradición petrina. La segunda es la experiencia carismática de Pablo, particularmente suya y que no puede ser identificada con la de los Doce. La tercera es la experiencia especial de Juan, que nos transmite “lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos con nuestras manos: la Palabra de la vida” (1ª Jn 1,1). Finalmente, aunque perfectamente podríamos decir que en primer lugar, a un nivel mucho más profundo y más próximo del centro, la experiencia de la Madre del Señor, experiencia íntima y total, que fluye a la Iglesia y la hace fértil.

Cuatro experiencias arquetipo: la petrina, la paulina, la joánica y la mariana. En otros lugares de sus obras, Balthasar propone otros esquemas, algo más complejos, pero en todos ellos el puesto de María es fundacional.

De hecho, la experiencia mariana de Cristo “**sostiene**” (la expresión es de Balthasar) o entreteje las otras experiencias (petrina, paulina y joánica), que aportan los apóstoles a la Iglesia. La experiencia mariana las precede y condiciona. Enlaza y vincula fe y visión, cielo y tierra, y supera la tensión entre la Iglesia inmaculada y la Iglesia de pecadores. El cristiano que participa, por la oración y la contemplación, de la experiencia mariana de Cristo, es capaz de vivir en concordancia perfecta entre la gracia que llama e invita y la gracia que responde y acepta la invitación (cf. p. 363). En otras palabras: el cristiano puede hacer suyas la fe y la obediencia de María a la Palabra de Dios -de María, “la mujer de fe, la mujer creyente”-. Y porque María “creyó por la fe y por la fe concibió” –según la frase de San Agustín (Sermo 25,7; PL 46,937; cf S. León Magno: *concibió en su mente antes que en su seno*” Sermo 1 in Nativitate Domini 2; PL 54, 191)– es “la primera creyente” y “la Madre de Dios”, sin que en María se puedan separar “la creyente” y “la Madre de Dios”. Y su experiencia de Cristo es espiritual y corporal a la vez. Por eso no se puede saltar de una iglesia visible, jerárquica, “petrina” a una iglesia invisible y espiritual en la que encontraríamos “la dimensión mariana”. Al contrario: es en la iglesia visible de los sacramentos e instituciones –la iglesia formada por las distintas pero unidas experiencias de Pedro, Pablo y Juan– donde encontramos la experiencia de Cristo y de Dios, propia de María.

En resumen, la dimensión mariana de la iglesia –o, si lo prefieren, la iglesia mariana– complementa e incluso precede a la dimensión petrina, según la reflexión que tanto agradaba a Juan Pablo II. Sin embargo, sería una gran equivocación oponer esas dos dimensiones de la iglesia y optar por la “iglesia mariana” frente a la “iglesia petrina. El mismo von Balthasar escribió que cuando se rechaza la dimensión mariana “todo se hace más polémico, más crítico, más amargo, menos amable, y acaba aburrido, y la gente de misa huye de una iglesia así”. Por supuesto, hay más de una manera de rechazar la dimensión mariana; una de ellas es ejercer una autoridad severa, dura y carente de atención. Pero sería de una ironía lamentable utilizar “la iglesia mariana” como arma contra la jerarquía, particularmente contra la jerarquía romana, que nos convirtió en personas amargas, sin humor y aburridas.

Un pensamiento final. Una iglesia mariana no es “una iglesia femineizada”. La no asistencia relativa de hombres adultos a la iglesia podría no ser algo accidental. Quizás estemos obteniendo los resultados que tenían que producir los servicios que prestamos: una iglesia a la que los hombres no se sienten pertenecer ¡Qué paradoja si nosotros, los maristas, estuviéramos contribuyendo a ello “en nombre de María”! Posiblemente deberíamos hablar un poco más no sólo de María, sino también de Pedro, de Pablo, de Juan ¡y de Jesús!

4. Reiniciar una Iglesia nueva

Todos sabemos que Juan Claudio Colin decía que quería una “Iglesia nueva”.

En **HF 120,1** leemos estas palabras del Fundador: “*La Sociedad tiene que reiniciar una Iglesia nueva. No pretendo servirme de esta expresión en el sentido literal que, a primera vista, ofrece; sería una impiedad. Pero en cierto modo, sí, tenemos que reiniciar una Iglesia nueva*”. El P., Colin no quiere fundar una nueva Iglesia: sería una impiedad. Pero sí quiere una Iglesia nueva, es decir, renovada, pero de modo tan radical que, al fin y al cabo, no se opone a repetir su primera expresión: *tenemos que reiniciar una Iglesia nueva*.

Reiniciar. Para Colin, la Iglesia primitiva tuvo siempre algo de la “Utopía” (probablemente también para San Lucas). La función de la utopía –ubicada en una isla remota del pasado o del futuro– es eliminar de la realidad presente lo que es insatisfactorio, a lo mejor presentando a la vez un modelo para realizar el cambio. Del mismo modo, la utopía de la Iglesia naciente busca eliminar de la Iglesia actual lo insatisfactorio; es una utopía que nos empuja hacia delante, no nos lleva al pasado; su atractivo no es de orden arqueológico, sino teologal. No pretender reconstruir la Iglesia del siglo primero o eliminar de la Iglesia actual todo lo que no se halla en el Nuevo Testamento, que es lo que querían hacer los reformadores protestantes del siglo dieciséis, sino preparar la Iglesia de los últimos días, cuando María será su apoyo como lo fue en la Iglesia naciente. Desde ahora mismo debemos comenzar a ser Iglesia. El joven Colin pensaba especialmente en la Iglesia de Francia y de Europa, destrozada por la Revolución y por las guerras consecuentes, debidas en parte al compromiso de colaboración de otras naciones con Napoleón. En nuestros días, la idea de reiniciar una nueva Iglesia está empezando a adquirir un sentido cada vez más literal.

“Tenemos que...”, “la Sociedad debe...” Colin está convencido de que los maristas existen para reiniciar la nueva Iglesia. Quiere que pongamos toda la fuerza de nuestra energía y oración para ir realizándolo. Es cierto que la desproporción entre la magnitud del proyecto y la pequeñez del número de maristas es enorme; pero eso no le desalienta al Fundador. Al contrario, en ello encuentra la confirmación de su intuición: “*La Sociedad de María, lo mismo que la Iglesia, comienza con hombres sencillos, poco instruidos. Luego va difundiéndose hasta abarcar la tierra entera. Pues así debemos hacer nosotros, servirnos de la Tercera Orden para agrupar a todos los hombres, exceptuando únicamente a los herejes*”. Es el proyecto que aparece en uno de los primeros textos de la legislación, el *Summarium* de 1833 (nº 109): “*reagrupar, por decirlo así, a todos los miembros de Cristo de cualquier edad, sexo o condición bajo la protección de la Inmaculada Virgen María, madre de Dios, reavivar su fe y su piedad, y alimentarlos con la doctrina de la Iglesia romana*” (cf. O; 427,2; Keel, 93)

Al leer estos textos, se tiene la impresión de que lo que quiere decir el P. Colin no es simplemente que la Sociedad de María está llamada a trabajar en la reiniciación de una Iglesia nueva, sino que ella misma es ya germen de esa Iglesia nueva. Es lo que pensaba también el P. Coste: hablando de la famosa respuesta de Colin al cardenal Castracane (*que todos sean maristas con el Papa como jefe...*), Coste comenta que la respuesta de Colin “muestra con claridad que su objetivo no es una simple fundación, aunque muy extendida y abierta a los laicos, sino la Iglesia renovada de los últimos tiempos, que la Sociedad de María inicia humildemente pero con eficacia” (*Une vision mariale de l'église*, p. 187), en cuyo contexto cita HF 120,1.

¿Qué hacer con ese atrevido proyecto, por no llamarle *loco* proyecto? ¿Dejarlo en paz y catalogarlo como algo totalmente personal de Juan Claudio Colin, que no obliga

en modo alguno a los maristas? ¿En qué sentido podemos constituir los maristas, aunque sea en germen, la Iglesia nueva de los últimos días? Responder de esa manera a quien nos pregunte educadamente qué es la Sociedad de María, invitaría a la incompreensión o a la incredulidad cortés, si no a la irrisión. Sin embargo, el Capítulo General de 1969-70 intentó adentrarse en esa intuición del Fundador. En DC 1969-70, nº 130, leemos:

“Con la cristiandad estamos viendo el resurgir de una Iglesia nueva en un mundo nuevo. El Concilio nos invita a entrar de lleno en este movimiento de ‘aggiornamento’. El espíritu marista nos allana el camino. La Virgen, guiada durante su existencia hacia metas que la rebasaban, descubrió en la fe las soluciones cotidianas a los signos de los tiempos. Como Ella, también nosotros caminamos en la fe hacia lo insospechado, seguros de que Dios rige los acontecimientos y de que también tenemos que descubrir en la fidelidad al Espíritu, la fisonomía de la Iglesia del mañana”.

Asombra que la consigna coliniana de reiniciar una Iglesia nueva no figure en las Constituciones actuales; a no ser que estuviera incluida de algún modo en estas frases del nº 14: *los maristas están llamados a implantar la Iglesia allí donde todavía no exista y a renovar las comunidades ya existentes.* Pero no es lo mismo.

Parece que aquí estamos ante una intuición central de Colin. Abandonarla abierta o tácitamente equivaldría a desautorizar a nuestro Fundador – al menos así lo veo yo. ¿Pero cómo hacer nuestra esa intuición, permaneciendo fieles a Colin y, al mismo tiempo, lúcidos ante nuestras realidades? Si planteásemos esta pregunta al P. Colin, probablemente nos remitiría al final del evangelio de Mateo, cuando Cristo ordena a aquellos pobres hombres: *id y haced discípulos de todas las naciones.*

En este momento sería fácil responder que nosotros, los maristas, estamos llamados a ejercer nuestro apostolado animados en el trasfondo por esa inspiradora visión de Colin. Pero para Colin –al menos eso es lo que yo entiendo al leerlo– la visión de la Iglesia nueva de los últimos tiempos no está en el trasfondo, sino en el centro. En la medida en que seamos seguidores de Colin, también nosotros pondremos esa visión en el centro de nuestro proyecto personal y comunitario.

Sepamos que, sin embargo, no hay lugar para ningún tipo de triunfalismo marista. No reivindicamos ser ya la Iglesia nueva en germen. Al contrario: nuestro proyecto es en primer lugar hacer todo lo posible para que nuestras comunidades y la Sociedad en conjunto anticipen la Iglesia de los últimos tiempos, del mismo modo que imitan a la Iglesia naciente siendo *cor unum et anima una*. En segundo lugar, el objetivo de nuestros esfuerzos y oraciones será agrupar en la unidad “a todos los hijos de Dios dispersos” (cf. Jn 11,52) Ahí tenemos la Iglesia nueva de los últimos tiempos. Pero antes de que podamos reiniciar una Iglesia nueva quizás necesitemos reiniciar una Sociedad de María nueva.

5. María y su Sociedad

Cuando fui a Roma en 2002 (=dos mil dos) para trabajar con la Administración General, mi labor consistía –así lo entendí yo– en proporcionar investigaciones cuidadas sobre la situación de la Sociedad en el contexto actual y ofrecer ideas creativas para el futuro de la congregación. Fui a hablar con mi director espiritual, un hombre con mucha experiencia de la vida religiosa en congregaciones diversas y en muchas partes del mundo. Le pregunté si tenía alguna idea para la Sociedad de María, y me dijo: ¿Y si la Sociedad se consagrara de nuevo a Nuestra Señora? Me habló de una congregación religiosa mariana que había caído en una situación muy dura de carácter vocacional y moral: Decidió renovar solemnemente su consagración a la Virgen, que indudablemente

consistió en algo más que en una simple lectura de consagración u oración. Se logró un cambio completo en el bienestar de la congregación.

Nunca investigué ese caso. Y no porque fuera escéptico ante lo que me contó; en realidad me impresionó bastante. Pero no me convencía del todo recomendar al Superior General y a su Consejo que volvieran a consagrar la Sociedad a Nuestra Señora. Un acto como ése podría haber llevado a pensar que así se iba en contra de la ayuda generosa y tenaz a la Sociedad. Por algún motivo habría quedado en un señalado acto de devoción a María: Me parece que en algunos lugares donde no tenemos ese “tipo” de devoción a María, un acto así habría encontrado resistencia en muchos maristas. La Sociedad de María no está al cargo de devoción mariana particular alguna, contrariamente a lo que ocurre con el Rosario para los Dominicos o con la novena a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro para los Redentoristas; por otra parte las Constituciones del P. Colin tienen toda una sección [capítulo 5 - *reglas comunes* -] que lleva el título de “*Devoción especial a María Santísima*, una devoción que se expresa con un cierto número de prácticas, algunas de las cuales son distintivas de la Sociedad, como las tres Ave María y el Sub tuum al levantarse y al acostarse, el ayuno de los sábados, la estatua de María en la puerta del superior... y algunas devociones populares como el Rosario. Las Constituciones actuales tienen también en el capítulo 3, artículo 2, la sección sexta dedicada a las “prácticas especiales en honor de María, que repite unas cuantas prácticas de devoción a María de las Constituciones antiguas. Creo que muchos maristas no las cumplen y aún me queda por ver una casa marista que no luzca una estatua, un icono u otra representación de María sobre o junto a la puerta del superior.

Por otra parte, damos la impresión de cierta inhibición ante los actos públicos de devoción mariana. Hasta cierto punto puede estar determinado por las culturas o deberse a un tipo de manifestación que no case demasiado con el exceso de velas y flores. Al menos así nos gustaría pensar. Pero no parece que los Hermanos Maristas tengan los mismos problemas: son mucho más sencillos y espontáneos que nosotros al expresar la devoción a la buena Madre. Ésa es una de las características de los Hermanos de la que podíamos aprender. Me gustaría decir que su sentido de la fraternidad y de la profesionalidad son distintos.

Es cierto que podemos intentar racionalizar nuestra comprensión personal de la devoción a María con reflexiones como ésta: lo que queremos es no tanto estar mirando a María cuanto estar **con ella** mirando a Jesús, a Dios, al mundo. Claro que sí, pero utilizada como racionalización de nuestra carencia comparativa de manifestaciones comunes o públicas de devoción mariana.

El término racionalización puede encerrar una pista y llevarnos mucho más lejos. Creo que, como grupo, somos personas que razonan bastante bien. En el seminario recibimos una sólida formación en ese campo, y desde entonces nos ha resultado útil. Somos gente que razona, con tendencia a lo abstracto y cerebral. Me pregunto si no será eso lo que hemos hecho con María; somos mejores reflexionando o hablando **sobre** ella que cantándole himnos o dirigiéndole oraciones **a** ella. Considerado en sí mismo, eso no tiene por qué ser tan desastroso: todos tenemos nuestros carismas. Pero puede resultar mucho más preocupante si convertimos a María en una abstracción, si en lugar de ser para nosotros una persona real pasa a ser un símbolo, una especie de constante repetición retórica de unas cuantas ideas como, verbi gratia, estar presente y activo en la Iglesia, el carácter femenino de la Iglesia....

Las consecuencias sobrepasan con mucho la simple devoción a María. Los primeros maristas estaban profundamente convencidos de que estaban haciendo “la obra de María” –una expresión que aparece con mucha frecuencia y facilidad–, que María los había elegido para continuar su obra y ser apoyo de la Iglesia al final de los tiempos.

Y no sólo estaban convencidos de eso; su convicción les motivaba para hacer cosas asombrosas, como marchar al Pacífico. ¿Tendremos aún nosotros la misma convicción y motivación? ¿Pensamos que estamos haciendo la obra de María por haber sido elegidos y encargados por ella de esa tarea? O más bien, permitidme que use esta expresión, ¿significará quizás que al hacer cualquiera de las obras que hagamos nos gusta pensar que las hacemos “a la manera mariana”?

Para estar convencidos de que estamos realizando la obra de María en su sentido más profundo, hemos de tener un hondo sentimiento de nuestra propia vocación y destino, es decir, que viene realmente de María. Lo cual significa, claro está, que María tiene que ser para nosotros una persona real, no una abstracción o un símbolo. Volver a consagrar la Sociedad a María sería un reto si esa consagración es algo más que una mera fórmula, una nueva y preciosa oración, impresa en una estampa especial para leerla en ocasiones apropiadas. Nos obligaría a renovar el sentir a María como la persona real que inició la Sociedad y que – esperamos que así sea – la dirige aún (a no ser que nos haya abandonado, una posibilidad ya prevista por Colin). Nos obligaría a volver a dedicarnos a hacer su obra, a tener el sentimiento de que fuimos elegidos personalmente por ella, encargados de realizarla. Nos obligaría a renovar el sentimiento de lo que significa pertenecer a la *Sociedad de María*.

¿Podrá la actual Sociedad de María – podremos nosotros personalmente y como comunidad – aceptar ese reto?